
RESEÑA

PATTE, GENEVIÈVE. *¿Qué los hace leer así? Los niños, la lectura y las bibliotecas.* Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2011, 270 págs. ISBN: 978-607-16-0792-8.

El presente trabajo es el último ensayo de Geneviève Patte (1936-), bibliotecaria francesa excepcional que cuenta entre otras distinciones la Orden Nacional de Mérito o la condecoración de *Chevalier des Arts et Lettres* por la consagración de toda una vida al fomento de la lectura infantil en todos los dominios geográficos. El libro, traducido al español por Lirio Garduño Buono, se estructura en doce capítulos, cada uno de los cuales puede leerse de forma autónoma, si bien tomados en su conjunto refuerzan el objetivo que se propone la autora, que es el de transmitir mediante argumentos de experiencia propia la clave humana en la que se asienta la labor del bibliotecario, y en particular la del bibliotecario infantil de hoy.

Para cumplir ese objetivo, Patte despliega una primera línea “memorialística” por medio de la que pretende dejar constancia de su experiencia profesional, anotando sus inicios en 1965, y su continuación durante varios decenios como bibliotecaria en el suburbio parisino de Clamart, bajo el patrocinio de Anne Gruner Schlumberger, quien le proporciona estímulos suficientes para poner en práctica lo que Patte ya había aprendido en su largo periodo de formación en la Biblioteca Pública de Nueva York, para vivificar una labor que venía desarrollándose en París desde 1924 en la primera biblioteca pública para niños (L'Heure Joyeuse).

Aunque cada uno de los capítulos viene animado por el deseo de dejar testimonio de una vida profesional, en los tres primeros (“Experiencias fundadoras”, “El corazón inteligente” y “*Small is beautiful*. Pioneros de nuestro tiempo”) la autora cuenta con mayor pormenor el alcance de su misión de transformación de los modos de entender la lectura de los niños y el papel de la biblioteca. Dirigió durante treinta y cinco años la asociación La Joie par les Livres con su revista *La Revue des Livres pour Enfants*; creó el Centro Nacional de Libros para Niños, integrado hoy en la Biblioteca Nacional de Francia; convocó seminarios en los que poder allegar experiencias innovadoras de bibliotecarios de todos los lugares. Bajo los principios de “sencillez, confianza e intimidad” (p. 28), impulsó por todo el mundo su experiencia de mediación, a partir de la idea de la biblioteca al aire libre de Clamart. Con no pequeñas dosis de compromiso con el oprimido, propagó estas prácticas por buena parte de la zona francófona de África, por Latinoamérica (Proyecto “Leamos de la Mano de Papá y Mamá”), por Armenia, Tailandia y por tantos otros lugares.

Anota Patte (capítulo 2) algunas influencias que contribuyen a dar fundamento teórico a su misión. Al amparo de las ideas pedagógicas de la época invoca a Freinet, el psicoanálisis de Freud y sus seguidores, o a Paulo Freire. Estímulos del momento que la autora hace reconocibles en profesionales con los que se forma, tales

como el psiquiatra infantil René Diatkine; Sarah Hirschman, la creadora en Estados Unidos del programa bibliotecario “People and Stories”, a quien recuerda en la dedicatoria del libro; o el maestro especializado en adolescentes “difíciles”, Serge Boimare. Sin embargo, la riqueza de lo vivido trasciende las meras filiaciones de escuela, pues todo el empeño profesional descansa en una cultura de raíz humanística que apela a la vez a la excelencia y a la socialización como criterios que deben guiar al nuevo bibliotecario infantil, siempre atento a seleccionar aquellos libros de calidad “*too good to miss*”.

Una segunda línea que sirve a la autora para ahormar su argumentación es la del canon de literatura infantil, a partir de una experiencia cruzada fruto de los testimonios de un buen número de bibliotecarios de otros países. Patte señala que no se propone presentar un cuadro de la literatura infantil ni menos aún dar cuenta de su historia; con todo, sí que se desprende de su exposición un magisterio crítico aquilatado por una rica experiencia. En los capítulos 4, 5, 6 y 7 se despliega, en efecto, un auténtico panorama gobernado por el criterio de calidad. Esta viene otorgada por las virtualidades del libro para conmover al lector. El conjunto de los comentarios se lee así como una valiosa aportación crítica, siempre ponderada, en la que se justifican con buenos argumentos los valores tipográficos y temáticos de los distintos códigos con los que se conforma cada libro infantil.

El apartado de bibliografía final incluye todas estas referencias, entre las que destaca el grupo de álbumes ilustrados, considerados por la autora como la puerta franca por la que el niño accede a la magia de la literatura. Patte

pondera (capítulos 4 y 5) a autores e ilustradores como Arnold Lobel, Maurice Sendak, Gerda Muller, Bruno Munari, Claude Ponti, Tomi Ungerer, Anthony Browne, Mario Ramos, Mitsumasa Anno, entre otros. Los álbumes de referencia de estos autores constituyen un material de calidad construido “de palabras, imágenes y ritmos por los que la vida circula” (p. 114), que invitan además a una lectura compartida y en voz alta.

Resulta inequívoca, por otra parte, la defensa de los libros clásicos como antídoto de un tipo de literatura de mercadotecnia que resulta impugnada por su falta de conexión real con el receptor infante, quien de ninguna manera logra conmoverse con este tipo de productos “instrumentalizados”. En el capítulo 6 se valoran libros que podrían tener encaje en la denominada “*Croosoverliterature*”: *La telaraña de Carlota* de E. B. White; *Winny de Puh* de A. A. Milne; *El pequeño Nicolás* de Goscinny; *Emilio y los detectives* de Erich Kaestner; *La estepa infinita* de Esther Hautzig; *Honrad o el niño que salió de una lata de conservas* de Christine Nöstlinger; *Matilda* de Roald Dahl; *Encender un fuego* de Jack London, entre otros muchos. En el capítulo 7, Patte considera la mejora de calidad que se ha producido en otro género infantil no menos importante, el de los libros de conocimientos. En los últimos tiempos estos no tienen nada que ver “con ciertos libros informativos novelados, recargados con detalles documentales fastidiosos” (p. 155). Libros ahora que vienen a satisfacer el deseo de investigación y el interés por los detalles que hay en el niño, haciendo posible el encuentro entre ciencia y poesía.

En el resto de los capítulos la autora insiste en glosar los fundamentos que dan soporte a las reflexiones anteriores: consideración al oprimido, importancia de la acogida, poder de la emoción, atención personalizada y aceptación de diferentes lecturas de un mismo texto. Así, a partir del componente humano del oficio (capítulo 8, “Como una segunda casa”), se explica cómo toda a biblioteca se organiza en torno al deseo de los niños de conocer, informarse, distraerse y encontrarse con los otros. Por eso se trata de un lugar confortable y ordenado como un hogar en el que conviven distintas generaciones, y donde tiene cabida la palabra “viva”, al hilo de experiencias como “la hora del cuento”, que empezó a desarrollarse en Boston en 1896 (capítulo 9, “La palabra viva en la biblioteca”). La biblioteca establece asimismo lazos afectivos con la escuela por medio de visitas recíprocas entre ambas instituciones (capítulo 10, “La biblioteca y la escuela”). En ellas tienen cabida debates previos entre maestros, niños y bibliotecarios para hacer aflorar la diversidad de interrogantes de los lectores. La biblioteca, se dice en el capítulo conclusivo, es más necesaria que nunca en la era digital actual. Las

nuevas generaciones (“digital native”) pueden recibir la mediación del bibliotecario adulto quien, saliendo al terreno de los niños, entre talleres multimedia, contribuye a aportar criterios de calidad para animar a cada uno a emprender su propio camino, “favoreciendo la emergencia de las identidades en su singularidad” (p. 239).

Este libro, que viene a sumarse a otros ensayos recientes de la autora (por ejemplo, *¿Déjenlos leer! Los niños y las bibliotecas*, 2008), consigue armonizar los aspectos teóricos con los prácticos y logra atraer al receptor por medio de un conjunto estímulos afectivos que dan respuesta por otra parte la pregunta del título del libro. Tanto los lectores de ámbitos académicos como aquellos otros curiosos no profesionales tienen en sus manos un libro que “conmueve” y consigue transmitir algunas dosis de optimismo al poner de manifiesto de forma vívida la importancia de la mediación humana en la biblioteca de hoy.

Fermín Ezpeleta Aguilar
Universidad de Zaragoza